

momento se levantó y muy seriamente decidió enarbolar como suya la bandera soriana: “No se puede perder tiempo” pensó. Poco era lo que podía hacer él, pero supo, desde el primer momento, que tendría que luchar y divulgar lo que conocía. Tomó una pluma y, sintiéndose una mezcla de Fernán González y Antonio Machado, comenzó a escribir. Repartía a diestro y siniestro escritos sobre Soria: unas veces artículos tipo guía turística; otras, lamentos esperanzados. Incluso llegó a tener en cuenta la posibilidad de hacer algo con el morbo tan de moda en la prensa del momento. Asimismo intentó abrir la puerta a otros que, acercándose a la zona, ayudaran a potenciar los ingresos turísticos. Divulgaba por doquier lo que Soria ofrecía e incluso se prestaba a hacer, él mismo, de guía.

Poco conocemos de ese período de la vida de nuestro urbanita; sabemos que luchó por aquello que creía justo y bueno, pero desconocemos los medios que utilizó. Nos han informado que llegó a trasladar su residencia a algún lugar del Sur de la provincia y a construir un museo de “Cosas de Soria” en el que se pueden ver objetos más o menos antiguos, incluida una vitrina donde se encuentra un cráneo humano y dos o tres fotografías de seres, también humanos, con una placa identificativa a un lado que reza: “Cráneo perteneciente a un soriano, raza recientemente extinguida”.

FIN



NURIA DE ARAGÓN